

Testimonios

HOMENAJE A JOSE TORIBIO MEDINA *

El mundo de los eruditos acaba de celebrar el medio siglo de labor del infatigable y fecundo trabajador intelectual, gloria de nuestra América: José Toribio Medina.

Hace cincuenta años, Medina publicaba su primer escrito. Era una apreciación crítica de "María", la inmortal novela de Jorge Isaacs. En esa primicia rebosaba el encanto de una juventud que los años debían acrecentar. Porque el septuagenario de hoy es uno de esos grandes románticos que ha hecho y continúa haciendo cosas gigantescas, rayanas en lo imposible.

La historia y la bibliografía americanas, deben todo a Medina. Allí donde la limitación ocasional no le ha permitido sentar conclusiones definitivas, ha trazado la pauta y ha arrastrado a otros investigadores a completarlas. Uno se abisma al contemplar aquellos pulcros y gruesos volúmenes que abarcan la intensa producción de una vida entregada a la investigación. Sólo una honda vocación intelectual pudo impulsar al hombre que felizmente tuvo los recursos grandes —y el auxilio de los gobiernos de su país— que suponen traslación a los lugares donde se encontraban las fuentes de sus investigaciones, la busca de los archivos, el trabajo de los copistas, vigilancia de las impresiones, y por sobre todo, esa voluntad realizadora de ensoñaciones y anhelos, que sólo la muerte puede interrumpir.

¡Oh virtud suprema de perseverar en el esfuerzo! "Loemos al trabajo y la constancia en él", nos acaba de decir este maestro de energía. "La leyenda bíblica quiere que el trabajo se hubiera impuesto al hombre como una pena; pero, si fué castigo, yo diría que procedió de un padre cariñoso que, en medio de ella y como para mitigarla, hasta harcerla olvidar, puso como finalidad las dulzuras de la propia satisfacción al cumplirla".

En estos países de superficialidad y dijetantismo, donde la raza muere por falta de continuidad en la acción, la obra de un Medina es doblemente meritoria. Los estudios serios, las investigaciones científicas, los trabajos que quedan, pasan desapercibidos, si no combatidos por quienes pueden percibir su valor. Nadie sabe aquilatar, fuera de unos pocos y raros estudiosos y entusiastas, la labor inmensa, enorme, que representa la consecución del menor dato, donde todo está por organizar y hacer.

Para el Perú la obra de Medina tiene singular importancia, porque considerable parte de ella pertenece a nuestra literatura, a nuestra historia y a nuestra bibliografía. Nuestros eruditos lo saben bien, pero de nadie ha partido aquí todavía la idea de rendir un homenaje nacional al sabio. Que su nacionalidad sea chilena, no puede ser un obstáculo, porque su ciencia es americana, o, en todo caso, carece de patria.

Favorece la idea de un especial homenaje del Perú intelectual, no sólo, como hemos dicho, el contenido peruano de gran parte de su obra sino el recuerdo de la juventud de Medina. El sabio verificó en Lima (1874-76) sus iniciaciones de investigador. Aquí

(*).—Trascrito de **Boletín Bibliográfico**: Vol. I, N^o 4; Lima, 1924. Allí aparece con la bibliografía de José Toribio Medina, preparada por Víctor Chiappa y puesta al día por Pedro S. Zulen.

frecuentó la Biblioteca Nacional y tuvo la amistad de Vigil, Ricardo Palma, Mendiburu, Polo, González de la Rosa, Odriozola. *El Correo del Perú* dió a luz sus primeros trabajos de erudición histórica. Aquí se publicó el primer libro de Medina (1875).

Nos hemos permitido insinuar, pues, la idea de que la Comisión Organizadora del Congreso Científico que debe reunirse en Noviembre, en Lima, acuerde entre los números de su programa una invitación especial al ilustre sabio, para que América entera le rinda aquí el homenaje a que se ha hecho digno por su obra.

* * *

Conocimos a Medina en 1916, en su residencia de verano, en el pueblecito de San Francisco, al sur de Santiago, a hora y tres cuartos por el ferrocarril de Concepción.

Nos abrió la puerta la distinguida compeñera que ha hecho de él el culto de su vida, ayudándole en sus trabajos, la aristocrática señora Mercedes Ibáñez de Medina.

—El señor es limeño, —nos dijo, con un hálito de simpatía, apenas saludamos y preguntamos por el señor Medina.

—Por qué me dice Ud. eso, señora?

—Por su modo de hablar...

La señora nos llevó, enseguida, al huerto, un hermoso bosque de eucaliptos, y allí hallamos a don José Toribio, en traje de campo, dirigiendo afanosamente las podas u limpiezas.

—Este trabajo me sirve de descanso intelectual, —nos expresó.

Llevándonos a su gabinete de estudio mostrónos sus trabajos entonces en preparación, e hizo recuerdos de su estada en Lima, cuando era Secretario de la Legación de su país y rolaba con los eruditos peruanos de la época.

Creíamos que íbamos a hallar en él al ogro, tipo generalizado del hombre de ciencia por estas tierras, pero nos desconcertamos. Medina no es de aquellos sabios que, encerrados dentro de sí huyen de los demás como temerosos de que vayan a despojarlos de sus ocultas riquezas dolorosamente acumuladas. Delante de él se encuentra uno ante un hombre de simpática sencillez y atrayente franqueza, dispuesto siempre a entregarlo todo.

PEDRO S. ZULEN

CONVERSANDO CON JOSE TORIBIO MEDINA *

En Sevilla está parando Medina en un hotel frontero a la clásica Plaza del Duque de la Victoria, donde se eleva, rodeada de esbeltas palmeras, la estatua de Velásquez, que ostenta como única leyenda, esta escueta y fuerte inscripción: "Al pintor de la verdad.—Su patria."

En otrora fuera este hotel soberbia casa señorial. De amplios patios sevillanos con columnatas de mármol, anchos corredores lo circundan, y en uno de ellos, sentados en clásicas y auténticas butacas sevillanas de enea, con estilizada ornamentación de montería, pasamos muchas tardes en cuádruple amistad: doña Merceditas Ibáñez, esposa de José Toribio Medina, este prolífico escritor, Mario Falcao Espalter —comisionado actualmente por su país, la República del Uruguay, para documentar la historia colonial de su patria en los archivos europeos— y el que esto escribe.

Los temas varían con frecuencia desde los más graves problemas políticos que en otros tiempos inquietaron a algunos pueblos americanos, hasta las nuevas orientaciones de la historiografía. Se recuerdan nombres, obras, y se revelan, en aquel transitorio y pequeño cenáculo, con confidencias nobles y honradas, los últimos hallazgos y las obras que cada uno prepara, con el entusiasmo por parte de Medina como en sus tiempos mozos,

(*).—Trascrito de *Síntesis*: N° 23, pp. 171-177; Buenos Aires, abril de 1929.

a pesar de haber dado a la luz, en números redondos, cerca de trescientas cincuenta obras de diversos tamaños y contenido.

A través de estas líneas no pretendemos hacer un estudio sobre la personalidad y la obra de este insigne escritor, aunque en alguna ocasión lo hicimos, más bien con carácter informativo que con espíritu crítico.

Medina, a pesar de sus setenta y seis años cumplidos (nació en Santiago de Chile el 21 de octubre de 1852), se halla aun lleno de robustez y erguido; es bajo de cuerpo, viste corrientemente, con traje de saco, usa galera (bombín le dicen por aquí), y nunca deja su bastón cuando sale a la calle. Su vestir es tan sencillo como su carácter. Siempre lo vemos de buen humor y con sanas disposiciones de comenzar cada día la fructífera jornada. En el Archivo de Indias —compañero fiel de cada día— trabaja en muchas ocasiones de pie junto a las clásicas mesas de San Antonio, llenándolas a la par que el sillón frailerero que le pertenece, de papeles, notas y libros. Entonces, no siempre, le calbaga sobre el hueso nasal una gafa de arcaica traza de escribano, unida al chaleco por disimulado y obscuro cordón protector. Su frente es amplia y despejada y nos recuerda a un simpático retrato de Víctor Hugo, que adosado a un muro, vimos hace ya muchos años en el estudio de un pintor amigo, allá en los pintorescos linderos de Barracas. Reluciente su calvicie, se funde en el occipital con una clara como blancuzca cabellera. Sus ojos pequeños, pero de intenso y brillante mirar, su nariz aguileña, bigotes largos, algo caídos y perita de punta. Su hablar es siempre pausado, con cierto dejo particular y sonríe campechanamente, cuando nos cuenta algún comentario chistoso o un percance digno de referirse por su comicidad.

Muchas veces —me lo refirió su noble esposa— la aurora los sorprendió a ambos laborando en común junto a la mesa de trabajo de "La Cartuja", lugar éste perdido entre árboles en el pintoresco pueblecillo de San Francisco de Mostazal, donde Medina ha planeado y concluido la mayor parte de sus obras, teniendo por único testigo, a un gigantesco buho de porcelana —mascota y exorno de su cuarto de estudio— e inseparable amigo de sus largas noches de vigilia, consagradas al progreso de las disciplinas históricas, con un amor y un desinterés noble y ejemplar.

La maravillosa biblioteca de Medina ha sido regalada por él mismo a su patria. Por sólo una parte de ella en 1908 se le ofreció en los Estados Unidos la suma de cien mil dólares, dato este que puede darnos idea de su valor y su riqueza. Actualmente consta ésta de 30,000 volúmenes, todos ellos escogidos y algunos de suma rareza, figurando entre los mismos muchas de las primeras piezas salidas de las prensas hispanoamericanas.

Completan la citada biblioteca unos quinientos volúmenes con copias de manuscritos relativos a la historia de América, coleccionados y hechos sacar por Medina en los principales archivos de Europa donde se conservan los originales. El gobierno chileno, para la guarda de tanta riqueza bibliográfica, creó dentro de la Biblioteca Nacional de Santiago la Sala Medina, y el insigne polígrafo, como complemento de su donación, redactó y publicó su catálogo en dos gruesos volúmenes, para el mejor manejo y aprovechamiento del material por los estudiosos, con un cariñoso prólogo de don Ramón Oliveres, actual cónsul de Chile en Sevilla. La sala se ha exornado con grandes paneaux decorativos debidos al pincel del artista francés Bonnencontre, en los que se representan vistas panorámicas de las principales ciudades en las cuales residió y trabajó por muchos años Medina, y entre ellas debemos citar a Sevilla y a Lima. Figuran representados en los mismos paneaux, los grandes archivos españoles, y con ellos hay otros de carácter anecdótico, en los que se ve al nombrado polígrafo y a su esposa trabajando en su antiguo salón de estudios o junto a las prensas de su famosa imprenta particular.

Medina posee una colección numismática única en el mundo, en lo que respecta a los países de Hispanoamérica, figurando en ella muchas piezas de oro con su respectivo duplicado. De las acuñadas en Inglaterra con motivo de la expedición y ataque del almirante Vernon contra Cartagena de Indias en 1741, posee más de 300 piezas distintas, y el número total de la colección llega aproximadamente a 4,000, entre monedas y medallas, algunas de ellas piezas únicas, como la labrada con el primer platino que se extrajo de las minas del Nuevo Reino de Granada. La mayor preocupación actual de Me-

dina es el destino que dará a esta colección, de la que quiere desprenderse y que por motivos muy nobles desearía que quedara en alguno de los pueblos de habla castellana. Ojalá este pensamiento se convirtiese en realidad y los esfuerzos de Medina, de tantos años, no se malogren desparramándose la colección por diversos países.

En sus muchas conversaciones Medina me recordaba el sincero afecto que profesaba a Mitre, y trajo a colación, varias veces, que con motivo de su expatriación de Chile, en 1892, que duró desde el mes de marzo al de octubre, utilizó, por generoso ofrecimiento del prócer argentino, su admirable biblioteca, con el fin de ultimar su *Historia y bibliografía de la imprenta en el Río de la Plata*, que, como es sabido, se editó a expensas del Museo de La Plata. Como grato recuerdo de entonces, conserva una fotografía sacada en la casa de Mitre, en la que se ve a este recordado prócer, a Medina y a Angel Justiniano Carranza, amigo de ambos.

—Fué por entonces —me repetía otras veces—, que desperté allí decidida vocación por los estudios históricos, incitándoles a dar a la publicidad sus obras, a Alejandro Rosa y a Enrique Peña; y aquí en Sevilla —nos manifestó—, desperté esa vocación, más tarde, al ex-jefe del Archivo General de Indias y reputado americanista Pedro Torres Lanzas.

—¿Cómo ha sido —le preguntamos en una ocasión— que a pesar de su preparación y maravillosa labor, no ha dedicado parte de sus energías a la cátedra histórica?

—Sí —nos respondió, subrayando la respuesta—, fuí una vez profesor por tres días en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, para una nueva asignatura dedicada al estudio de las fuentes y crítica documental de la historia hispanoamericana; pero en vista del poco entusiasmo demostrado por el alumnado, hice renuncia del cargo y volví a "La Granja", con el decidido propósito de no dictar más lecciones. Y ya ve cómo he cumplido mi programa: ya no me acuerdo de aquéllo, que fué una pequeña aventura a la que nunca dí importancia.

A pesar de la celebridad, justamente alcanzada, José Toribio Medina no ha cubierto aún el gasto de ninguna de las publicaciones hechas a su costa. Y nosotros, jóvenes aun, le hemos preguntado cómo ha podido entonces dar a luz tantas obras. Nos ha respondido que a fuerza de privaciones y sacrificios, trabajando como un obrero en su imprenta y componiendo él mismo las formas. Su esposa, presente en aquella ocasión, nos dijo, reforzando las palabras de Medina, sin usar trajes lujosos y sin poseer alhajas, que como mujer, también las había deseado, pero que con gusto se había sacrificado por él y por su obra, y porque sabía que así honraban a la patria. Hermosas y sentidas frases en boca de una mujer, todo sacrificio y todo amor.

Muchas tardes de este otoño mirábamos con Medina, a través de los cristales de la habitación del hotel donde se hospeda, hacia la casa que fuera morada del duque de T'Serclaes. Medina rememoraba su juventud y las tertulias nocturnas que se celebraban en la regia mansión del duque, a las que asistía, por requisitoria especial, el impresor Rasco, aquel insigne artífice de la imprenta que tiraba libros maravillosamente estampados. Medina recordaba nombres gloriosos para las letras hispanas, que frecuentaron las veladas; algunos de ellos viven todavía y seguramente —nos lo imaginamos— al pasar frente al recordado palacio, en alguna rara ocasión, asomarán a los ojos furtivas lágrimas, que pasarán desapercibidas ante el vaivén de los muchos transeúntes que hoy frecuentan la calle.

Medina me recuerda en sus conversaciones a aquel ilustrado, probo y culto espíritu que se llamó José María de Valdenebro y Cisneros. Me habla de sus espontáneos y desinteresados servicios, y lo recuerda, evocando el pasado, en su bufete de la Biblioteca Universitaria. Yo que le conocí hace años, recuerdo también sus muchas atenciones para conmigo, sus buenos consejos, su afectuosidad sin límites, su afán de ser útil, sus nobles y puras condiciones morales, su intachable conducta, su buen hablar y su bondad exquisita. Amigo de los libros, los amaba como a verdaderos hijos y los veneraba con sentida devoción. Bibliógrafo consumado, no lucía sus conocimientos si no era para ser útil a alguien. Y así, sin engrandecer su figura más allá de nuestro sincero juicio, recordámosle muchas veces: Medina como al buen amigo que se fué sin decirle adiós, y yo, como al maestro que se fué callado, dejando trunca la mejor lección.

Queriendo avanzar algo más en nuestras apreciaciones espirituales hemos preguntado a Medina —padre sin hijos— si, de haber tenido descendientes, los hubiera dedicado a sus aficiones, como consagró a ellas, por amor y por cariño, a su admirable compañera Merceditas.

—No... , no —me dijo Medina—; ningún padre desea males a sus hijos. Bastante llevo sufrido yo y sólo he recogido, es claro que no siempre, penas y amarguras.

Sus palabras, sinceras y nobles, tenían aire de tragedia en aquel instante. José Toribio Medina, su noble y abnegada esposa, Falcao y yo, nos hemos mirado en silencio largo rato.

—Sin embargo —le dije yo, ingenuamente—, su patria, la Argentina, Perú y tantos otros países de Hispanoamérica festejaron con orgullo el cincuentenario de su labor literario-científica.

—Es verdad —me respondió—; pero es otra cosa.

Yo esperaba algo más de sus labios, que me aclararan mis dudas; pero Medina prefirió callar. Debía haber algo en lo profundo de su alma que no llegaba al exterior. Intentar más, en aquel instante, lo consideraba un delito, y preferí variar la conversación. Entretanto, mirábamos hacia el patio del hotel, que en aquel momento se bañaba de sol; ebria la luz, desparramaba a raudales sinfónicas cromatizaciones sobre la azulejería trianera. Aquel espectáculo tan sencillo y bello, nos tranquilizó el alma y borró nuestras pesadumbres; sólo Merceditas, como mujer, no podía callarlo todo y nos hablaba de su padre, allá en su tierna infancia, cuando aprendía inglés en Washington. Evocó dulcemente a su buena madre y nombró a sus hermanos...

* * *

Medina acaba de dar fin a su libro sobre Pedro de Valdivia, causa principal de su actual viaje a Sevilla. Para decir cómo se le ha recibido en el Archivo General de Indias sería necesario hacer una crónica especial sobre el homenaje que le tributaron los jefes de dicho establecimiento, toda gente nueva en la casa, que tiene el propósito de mejorar los servicios, abandonados hasta hace poco, por desidia o interesada labor a que se dedicaban algunos de los que antes figuraban en la planilla del mismo, y que no es el caso ni el momento de referir, ya que el gobierno español ha sabido corregir sus males. Digno de citarse es su jefe actual, don Cristóbal Bermúdez Plata, que ha mejorado y reformado el establecimiento y que ha hecho agradable la permanencia en el Archivo a los investigadores que a él concurren a diario, sin citar otros detalles de carácter técnico, de los que hablaremos en otra ocasión.

Sobre su mesa de trabajo en el hotel, hemos visto a Medina corrigiendo las pruebas de su nuevo libro, conjuntamente con grabados y fotografías que enriquecerán esta nueva obra sobre Pedro de Valdivia. Días después, en el Archivo, advertimos que emprendía una nueva investigación sobre otros temas que le subyugan. Y nos hemos quedado sorprendidos del entusiasmo y vigor que alienta a aquel hombre pequeño y anciano, y en el alma nos hemos regocijado, porque en otra ocasión lo elevábamos como símbolo viviente y aspiración suprema de los investigadores de archivo, oscuros y abnegados obreros, que no tienen otro norte que el progreso de las disciplinas históricas, para descifrar nuestro histórico pasado, tan poco conocido y tan calumniado siempre.

JOSE TORRE REVELLO